

# Los espejismos de lo nuevo, no tan nuevo

*Todo lo sólido se desvanece en el aire / La experiencia de la modernidad*, de Marshall Berman, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1988, 386 pp.

La historia moderna occidental parece comenzar con la diferencia entre el pasado y el presente. Por ésta se distingue de la tradición, de la cual nunca llega a separarse completamente, y adquiere con ella una relación paradójica de deuda y rechazo.

Habría, además, otra situación de corte o cuando menos de intento de identificación de la modernidad respecto de sí misma, tan importante como las anteriores: la que organiza la disyunción entre discurso y cuerpo social.

En las primeras líneas he utilizado el término *parece* como medida de precaución: casi cualquier sociedad conocida suele, al pensarse a sí misma, recurrir a la diferencia o a la identidad, lo cual haría del primer rasgo señalado un simple recurso generalizado. Y sin embargo, las nociones de pasado y presente no cobran esa cualidad distintiva más que para un pensamiento eminentemente moderno.

El individuo habita su sociedad desde la perspectiva de un marco de vida definido por coordenadas perceptuales específicas: la dimensión espacial entre el aquí y el allí, la dimensión temporal entre ahora y entonces. El campo de la percepción de la sociedad burguesa, desde finales del siglo XVIII al primer decenio del XX, estuvo constituido en gran medida por un orden epistémico que podemos definir como del tipo de *desarrollo en el tiempo*. La noción de *desarrollo* indica una forma inédita de reflexión sobre el tiempo como proceso, distinta del pensamiento anterior, la experiencia burguesa del presente se hizo discontinua, artificial y externa; los

tiempos urbanos hicieron del presente una experiencia lineal y segmentada, siguiendo el modelo de la mecanización y la eficiencia.

Y aunque de lo anterior se ha hablado suficientemente, lo cierto es que esta experiencia del presente hizo surgir paralelamente las experiencias de un pasado y un futuro como situaciones diferenciales.

El pasado no se piensa a sí mismo, más bien es condición de un presente para el cual es lo otro perdido irremisiblemente. Por lo tanto, se hacen esfuerzos por recobrarlo. Paradójicamente, uno de estos esfuerzos se presenta bajo la noción de *ruptura* o corte. Curiosamente, el presente se vuelve tan lejano y distinto del pasado que ya no puede estar ligado a nada anterior.

Pero, por esta diferencia, el presente se distingue de la tradición y se liga a ella de manera *ruptural*: así se suele pensar desde la modernidad en su propia condición. Esta condición diferencial del tiempo hizo comprender que los valores están atados a la época. La sociedad burguesa consume el pasado bajo la forma de épocas, estilos, periodos, etcétera, ligados por una suerte de metafísica de la temporalidad. Dentro de este esquema, hablar de modernidad es atributo de los modernos, o si se quiere, es propio de la modernidad de los dos últimos siglos.

Pero, volviendo a lo que decía más arriba, habría otra característica más de la modernidad, que, lejos de ser una expectativa forzada sobre el presente, tiene la forma de un diagnóstico general: la disyunción entre discurso y cuerpo social.

Existiría desde fines del siglo XVIII un conjunto de discursos que si bien no se conforman según un mismo modelo, cuando menos elaboran teorías a partir de un mismo tema. De acuerdo con éste, el cuerpo social se vuelve un cuadro legible y por tanto traducible en otra cosa que puede ser escrita en el espacio del lenguaje.

El cuerpo social estaría desplegado ante una mirada de tal suerte que lo que se ve y lo que se sabe pueden superponerse. Lo visto se puede convertir en sabido, o de otra manera, la organización espacial del cuerpo social puede intercambiarse por la organización semántica de un vocabulario.

Diversos discursos modernos se han constituido en función de una separación entre el saber que los incita y el cuerpo social mudo que lo supone.

Marshall Berman ha sabido expresar lo anterior según la idea de que la modernidad nos ha tomado desprevenidos, sin un vocabulario que permita nombrar y traducir las experiencias inéditas que nos hacen ser lo que somos.

Berman sabe alejarse de los espejismos de lo nuevo. La modernidad no es vista por él a partir de un orden de progresión infinita; su texto no declara la modernidad un espacio empírico fundado en reglas de desarrollo en el tiempo, no plantea para su comprensión lógicas de sucesión y de analogía.

Su sistema de representación teórico es el del individuo. Pero no, esto no es totalmente cierto, salvo que entendamos la noción de individualidad como aquella que remite a la de constitución de una subjetividad específica.

Posiblemente podríamos leer su libro como una fenomenología del individuo moderno; sin embargo, nos topáramos con resistencias. Berman traza el mapa de las primeras experiencias de la modernidad: proyecto de una geografía urbana inscrita en la poesía de Baudelaire. Diagnostica los procesos de modernización recurriendo a una lectura faústica del Marx del *Manifiesto*.

La modernidad, ya no la modernización, es una experiencia de nosotros mismos en el presente asfáltico de la ciudad. Más que una condición del presente, la modernidad es un trabajo estilístico del individuo que "se atreve a individualizarse" y cuyas posibilidades son "gloriosas y ominosas" a la vez.

El desarrollo inventado en el proceso de modernización es trágico: "todo lo sólido se desvanece en el aire". La frase, extraída del texto marxiano, ilumina todo el libro de Berman: el pensamiento de Marx es eminentemente moderno, o mejor, funda la tradición moderna del pensamiento sobre el cuerpo social. El *Manifiesto* es utilizado como metáfora, como venero del nuevo vocabulario que la modernidad se da a sí misma, como recurso metodológico.

Mucho se ha escrito sobre el modernismo, lo cual no quiere decir que el tema se haya agotado. Podría decirse que se trata de una preocupación a *la moda*, pero la moda en sí misma no es desdeñable, cuando menos para un pensamiento que busca indicadores para elaborar un diagnóstico exhaustivo del presente. La moda puede ser una forma de habitar la cultura, y más precisamente, una forma mo-



derna. Si el modernismo ha provocado objeciones de orden muy diferente, según dice Berman, esto en cierta manera atestigua su universalización, o si se quiere su constitución en cultura mundial. Una cultura personalizada, a la medida de los deseos modernos y que, pese a todo, es patrimonio común. ¿Provincianismo de Occidente? ¿Complacencia desenfrenada? ¿Esperanza desesperada?

Los brotes fundamentalistas, de un signo político o de otro, que en partes del mundo pretenden combatir la universalización de la modernidad consiguen, por el contrario, hacer de ésta un modelo. Ciertamente, en tanto experiencia, la modernidad no es un modelo. La teoría que la considera no puede ser otra cosa que el trazo del mapa de los distintos caminos que hacen modernidad. La reducción de la modernización a la bandera del trabajo y la producción, reducción favorita de algunos detractores de Marx que lo acusaron de carecer de imaginación moral, es bastante infundada. Los *hombres nuevos* del *Manifiesto* son prueba de ello. Como dice Berman, en Marx se combinan Prometeo y Orfeo: "únicamente en el contexto de la lucha prometeica, el éxtasis de Orfeo adquiere valor moral, ... 'luxe, calme et volupté', por sí solos, son simplemente aburridos, como bien sabía Baudelaire".

En este sentido, el ideal de armonía entre el hombre y la naturaleza, que tanto Arendt como Marcuse enarbolaron como estandarte frente al modernismo marxiano, es en el fondo una concesión a la misma modernidad. Ha sido ella la que ha descubierto en la disyunción hombre-naturaleza y su consecuente oposición uno de los cortes fundamentales en el cual asegurar su identidad. Sería mucho más perti-

nente elaborar una genealogía de la oposición, así como de estos cortes que hicieron posible a la modernidad pensarse a la misma de manera diversa, que continuar persistiendo en las ortodoxias modernistas de la cultura desnaturalizada.

Si bien los caminos de la modernidad son muchos, tienen algo en común: son caminos asfaltados, son vías urbanas. La ciudad está presente en Berman. Pero la ciudad no es un entorno, es una experiencia de vida, es la gran hacedora de hombres. "Un mundo espacial y socialmente segmentado: aquí la gente, allí el tráfico; aquí el trabajo, allí las viviendas; aquí los ricos, allá los pobres; entre medio, barreras de césped y hormigón...": la ciudad según Berman. El espacio urbano moderno es ya un trazo, un camino, un destino manifiesto. "La trágica ironía del urbanismo modernista es que su triunfo ha contribuido a destruir la misma vida urbana que esperaba liberar."

El modernismo en la calle o en la literatura, la modernidad de la teoría y la modernización de los saberes del individuo en busca de su propia identidad son, cualquiera de ellos, pensamientos de la evanescencia ("Todo lo sólido se desvanece en el aire"), reflexiones en la contradicción. El ejercicio del discurso moderno, con su pretensión de adecuarse al objeto mudo al que hará hablar, propone casi interrumpidamente, al menos desde hace un siglo, una multiplicidad de vocabularios (nuevos unos, otros no tanto) para descifrar nuestro lugar en el presente. El libro de Berman no traza únicamente el mapa de la modernidad, intenta por igual trazar una cartografía del deseo de los individuos modernos, una cartografía de los vocabularios.

Ana María Escalera

## Miradas desde Rusia

*Mexico through Russian Eyes, 1806-1940*, de William Harrison Richardson, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1988, 287 pp.

Este libro, resultado de una acuciosa investigación, despierta de inmediato dos reflexiones. La primera se relaciona con la conformación de los horizontes culturales de los pueblos; la segunda se refiere al valor de los testimonios de los viajeros como fuente de conocimiento. Actualmente, a pesar de la diversidad de los medios y métodos de comunicación, resulta asombroso cuánto ignoramos aún sobre otros pueblos y culturas. Es obvio que sabemos mucho más acerca de la historia de Francia que de la de Nigeria, por ejemplo. El trasfondo de este hecho es claro: refleja los alcances (o los límites) de nuestros intercambios económicos y políticos, y nos conduce necesariamente a plantearnos el problema de la expansión y dominación coloniales que alcanzaron prácticamente todos los rincones del planeta. Las razones económicas de estas empresas, así como las consecuencias negativas para los pueblos dominados, han sido examinadas con amplitud y profundidad; habría que enfatizar, no obstante, que el papel desempeñado por la presencia colonial europea en la adopción de determinados valores culturales nos lleva a soslayar otros distintos. Por otra parte —y aquí la primera reflexión se enlaza con la segunda—, es indudable que la exploración y conquista de los territorios condujeron también a la ampliación del conocimiento en muchos campos: la geografía, la etnografía, la botánica, la organización social de los pueblos, etcétera. En este sentido, los relatos de los viajeros y exploradores constituyen una fuente importante de conocimiento.

